



“VIVIR AL LÍMITE”: NIÑAS Y NIÑOS AFROCOLOMBIANOS EN TIEMPOS DE GUERRA: UN ESTUDIO ETNOGRÁFICO EN LA FRONTERA ENTRE COLOMBIA Y ECUADOR

“Living at the edge”: afro-colombian girls and boys in times of war: an ethnographic study on the border between Colombia and Ecuador

“Viver no limite”: meninas e meninos afro-colombianos em tempos de guerra: um estudo etnográfico na fronteira entre Colômbia e Equador

Angela Yesenia Olaya **REQUENE**
Afro-Latin American Research Institute
Harvard University
Cambridge, United States
yesenia-olaya@fas.harvard.edu
<https://orcid.org/0000-0003-1048-8436> 

A lista completa com informações dos autores está no final do artigo ●

RESUMEN

En los últimos años, la escalada de la violencia en Colombia desplegada por grupos armados y cárteles del narcotráfico ha afectado a las niñas y niños afrocolombianos, modificando sus saberes y desplazamientos rutinarios. En este artículo analizo las representaciones de las niñas y niños en tiempos de guerra y subrayo la importancia del dibujo en el trabajo etnográfico para ampliar la comprensión de la experiencia traumática del desplazamiento forzado, confinamientos espaciales y violencias que vive la niñez afrocolombiana en la frontera entre Colombia y Ecuador. Argumento que conocer las representaciones que las niñas y niños elaboran de sus espacios, trayectorias y cotidianidades permitiría atender la complejidad de sus testimonios en torno a la guerra y, por lo tanto, los sentidos que subyacen a sus proyectos de vida en el presente-futuro.

PALABRAS CLAVES: Niñas y niños afrocolombianos. Frontera. Violencia. Grupos armados.

RESUMO

Nos últimos anos, a escalada de violência na Colômbia desencadeada por grupos armados e cartéis do narcotráfico, afetou meninas e meninos afro-colombianos, modificando seus saberes e deslocamentos rotineiros. Neste artigo analiso as representações de meninas e meninos em tempos de guerra, e enfatizo a importância do desenho no trabalho etnográfico para ampliar a compreensão da experiência traumática do deslocamento forçado, confinamentos espaciais e violências que vive a infância afro-colombiana na fronteira entre a Colômbia e o Equador. Argumento que conhecer as representações que meninas e meninos elaboram de seus espaços, cotidianos e trajetórias, permitiria entender a complexidade de seus testemunhos em torno da guerra e, portanto, os sentidos subjacentes a seus projetos de vida no presente-futuro.

PALAVRAS-CHAVE: Meninos e meninas afro-colombianos. Fronteira. Violência. Grupos armados.

ABSTRACT

In recent years, the escalation of violence in Colombia by armed groups and drug cartels has affected Afro-Colombian girls and boys, modifying their knowledge and routine. In this article I analyze the representations of girls and boys in times of war. I stress and the importance of drawing in ethnographic work to broaden the understanding of the traumatic experience of forced displacement, spatial confinement and violence experienced by Afro-Colombian children on the border between Colombia and Ecuador. I argue that knowing the representations that girls and boys make of their spaces, daily lives and trajectories, would allow us to attend to the complexity of their testimonies about the war and, therefore, the meanings that underlie their lives in the present and future.

KEYWORDS: Afrocolombian girls and boys. Border. Violence. Armed groups.

INTRODUCCIÓN

En los últimos años la frontera marítima entre Colombia y Ecuador nos habla de contextos violentos y militarizados, a la vez de estrategias de sobrevivencias cotidianas que agencian las comunidades afrocolombianas para resistir en medio de la guerra. En esta frontera diferentes grupos armados y carteles del narcotráfico se disputan uno de los principales corredores fluviales y marítimos para el envío de cocaína a Centroamérica y Norteamérica: *la ruta del Pacífico*. Esta ruta es abastecida en su mayor parte por la alta concentración de cultivos de coca en el departamento de Nariño, que debido a sus propias condiciones geográficas -ríos que recorren tres regiones como la llanura pacífica, región andina y región amazónica-, así como su salida al mar donde se puede comunicar con países del Asia Pacífico, lo convierten en un escenario con una posición geopolítica y estratégica para el desenvolvimiento de la cadena productiva del narcotráfico: cultivos de coca, procesamiento de base de coca y tráfico de cocaína. A esto se suma el tráfico de armas y combustibles, la migración irregular, entre otros.

Según un informe de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (2018) en Colombia el mayor crecimiento de cultivos de coca se registra en zonas de frontera, especialmente en Putumayo, Norte de Santander y Nariño. El departamento de Nariño y la frontera con Ecuador son el principal productor y cultivador de matas de coca, en este territorio se concentra casi el 41% de cultivos de coca a nivel nacional con 41.803 ha. El municipio de Tumaco, puerto nariñense y frontera marítima con Ecuador, es el municipio más afectado por los cultivos de coca con 23.148 ha, que representan un 16% de todo el país (SIMCI, 2017). En Tumaco grupos armados, bandas criminales y narcotraficantes han instalado en la profundidad de las selvas y manglares extensos cultivos de coca y laboratorios para la producción de clorhidrato de cocaína. Semisumergibles ilegales, lanchas rápidas o "go fast" y barcos pesqueros doble fondo (utilizados para abastecer de combustible a las lanchas rápidas) navegan con toneladas de cocaína por las intrincadas vías fluviales de la selva y convergen en el río Mataje, el

cual separa a Nariño de la provincia ecuatoriana de Esmeraldas, o bien ocultas en vehículos que cruzan el puente internacional Rumichaca hacia la provincia de Carchi (Bargent, 2019).

Las comunidades afrocolombianas que habitan en la zona fronteriza con Ecuador padecen las consecuencias del acaparamiento de las tierras y territorios por parte de los actores armados. Las relaciones materiales y simbólicas que se tejen a partir de las fuentes fluviales, manglares y selvas en estas comunidades han devenido en espacios para la guerra y la movilidad de economías ilícitas. Estas comunidades enfrentan realidades violentas generadas por los grupos armados para debilitar el tejido afectivo-comunitario e imponer un control territorial que se manifiesta en despojos de tierras y territorios, desplazamientos forzados internos y migraciones forzadas con alcance transnacional, hasta aquellas violencias que reconfiguran las representaciones y percepciones de los sujetos con sus lugares, lo que Oslender (2008), ha denominado "geografías del terror": espacios no transitables que producen confinamientos y restringen la movilidad de la vida cotidiana y, con esto, una pérdida del control físico y mental del espacio. Situaciones que, comúnmente derivan en la creación de un espacio liminal entre la vida y la muerte, o entre los espacios de la guerra y la sobrevivencia cotidiana: cadáveres abandonados en los manglares, cuerpos desmembrados y arrojados en los ríos, "casas de pique" en las que torturan y descuartizan los cuerpos, tierras acaparadas para los cultivos de coca, manglares convertidos en "cocinas" para la producción de cocaína. Esta economía ilícita no solo impone a las comunidades afrocolombianas restricciones en sus moviidades cotidianas, también influye en aquello que se debe de ver o hablar.

La agencia de la ONU para los refugiados, en su informe "Tendencias globales del desplazamiento forzado en 2018" señala que Colombia, después de Siria, ocupa el segundo lugar con mayor índice de desplazamiento forzado, con 8 millones de desplazados forzados la mayor parte de ellos (98%) dentro del país. En cuanto al registro de desplazamiento forzado de la población afrocolombiana el informe del Registro Único de Víctima (RUV) informa que, entre 1985 y 2019, 792.540 personas afrocolombianas han sido víctimas de desplazamiento forzado. Esto quiere decir que del total de la población desplazada en el país el 10% corresponde a la población afrocolombiana. Por su parte, 2.382.086 colombianos entre los 0 y 17 años son víctimas del conflicto armado, de ellos 2.317.397, niños, niñas y adolescentes son víctimas de desplazamiento forzado.

En la zona fronteriza con Ecuador hacen presencia las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) -ahora disidencias-, el Ejército de Liberación Nacional (ELN), neoparamilitares, carteles del narcotráfico colombianos y mexicanos, manteniendo un cruce de fuego constante en la disputa por el control de tierras y territorios con fines a los cultivos ilícitos. La confluencia y yuxtaposición de las formas de violencia que ejercen los grupos armados sobre los territorios y comunidades afrocolombianas, han afectado las experiencias, los saberes y los desplazamientos rutinarios de las niñas y niños afrocolombianos. En la población infantil esta violencia está centrada en el reclutamiento forzado como combatientes o informantes de los grupos armados. En las zonas rurales o de frontera son usados en cultivos ilícitos y minería ilegal, mientras que en lo urbano participan en redes de microtráfico, extorsión, y otros modos de delincuencia, que los obligan a cometer crímenes aprovechando su situación de vulnerabilidad y pobreza. Tanto en las zonas urbanas como rurales los menores son utilizados como "informantes": "*mensajeros carritos*" para llevar información a alguno de los grupos armados o también a miembros de la fuerza pública.¹

Según datos del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) en 60 años de guerra en Colombia, 17.778 niños, niñas y adolescentes fueron reclutados por los grupos armados legales e ilegales. El 25,89% corresponde a niñas y adolescentes mujeres, mientras que el 71,27% a niños y adolescentes hombres. El Observatorio estableció, además que de ese total 4.857 pertenecieron a las guerrillas y 1.581 a los paramilitares. En la mayoría de las niñas, niños y adolescentes afrocolombianos, sin acceso a la educación, víctimas de violencias de género e intrafamiliar, el tiempo productivo en los grupos armados culmina en el aniquilamiento de su vida a través de técnicas predatorias de violencia extrema: desaparición forzada, asesinados en enfrentamientos entre grupos armados o presentados como "dados de baja en combate" en operaciones militares contra los grupos armados.

En este trabajo veremos cómo los contextos de violencias en los que se movilizan las niñas y niños afrocolombianos, imponen una serie de mecanismos de vigilancia y

¹ En estos escenarios, frecuentemente, cuando el niño, niña o adolescente es identificado por algún grupo armado como "informante" o "*sapo*" -expresión utilizada para señalar a los informantes o colaboradores de grupos armados rivales o de la fuerza pública- son asesinados. Tal es el caso de José Nicolás Sinisterra, joven de 17 años, conocido como "El Pipe", asesinado en zona marítima de Olaya Herrera en marzo del 2013, por paramilitares que se autodenominan los Rastrojos, quienes lo acusaron de ser informante de un grupo rival (Diócesis de Tumaco, 2014). De esta manera, los grupos armados imponen a las niñas y niños una norma de disciplinamiento sobre lo que se debe hablar o ver; norma que estos mismos grupos rompen con sus acciones al utilizar a los menores como informantes.

control que en su conjunto dirigen las representaciones que elaboran de la frontera como un entramado de espacios en donde morir es un peligro permanente, a la vez que sus referentes del presente-futuro se desenvuelven en transacciones cotidianas entre el vivir al límite de la muerte y un “no futuro” manifiesto en los contextos de desplazamientos forzados, pobreza, deserción escolar, desintegración familiar y el sentimiento de inseguridad, así como en las aspiraciones que proyectan sobre un proyecto de vida individual y colectivo. En los testimonios que se expondrán en este trabajo, se observará como el peso de las desigualdades y la violencia económica ubica a las niñas y niños en posición de subordinación en la sociedad, marcada por el racismo, la pobreza y el desamparo. Situaciones que facilitan que las cotidianidades de los menores estén vinculadas con la guerra y el narcotráfico.

ETNOGRAFÍA EN TIEMPOS DE GUERRA

¿Cómo las niñas y niños construyen sus representaciones y referentes cuando la sociabilidad de la vida cotidiana está marcada en, para y por la guerra? En la perspectiva de Cornelieus Castoriadis (1997) el pensamiento en el que se construyen las aspiraciones de los sujetos sobre su propia vida es esencialmente social y, cada una de sus manifestaciones es un momento del medio social. Para Gilberto Giménez (2007) los significados del medio social están organizados en contextos históricos concretos, son interiorizados por los sujetos en formas de esquemas de conocimiento o representaciones individuales o colectivas, y objetividades a su vez en “formas simbólicas”. Para este autor, lo simbólico recurre al conjunto de procesos sociales de significación y comunicación. El sujeto se *inserta* en el entramado social que lo hace percibir el mundo, con sus entornos y relaciones cotidianas, de manera diferenciada. Por lo que podemos decir que cada sujeto entiende, interioriza y simboliza al mundo, su entorno y relación con el Otro, según su lugar en ese mundo. Toman en cuenta estas perspectivas, las representaciones de las niñas y niños afrocolombianos en la frontera colombo-ecuatoriana requieren ser explicados desde su propia especificidad histórica, social y cultural.

Hacer un estudio etnográfico en una frontera permite identificar los elementos que incluyen y excluyen a los grupos sociales que habitan en zonas fronterizas, así como sus distinciones y conflictos, la mayoría de ellos manifiestos en escenarios de extremas desigualdades. En la reflexión antropológica la frontera es representada como el límite “desde el concepto de límite político hasta el de límite étnico o el de límite cultural”

(Barth, 1976). En el límite se construyen entramados socioculturales y políticos entre las sociedades fronterizas y sus estados nacionales. Lo que implica comprender su cotidianidad producida, recreada por los diferentes grupos sociales que intervienen en ese espacio, así como las problemáticas y conflictos que emergen en esa cotidianidad (Grimson, 2005). En la frontera con Ecuador, las niñas y niños se enfrentan con realidades adversas en donde las violencias ejercidas por los grupos armados son un eslabón del *continuum* de desigualdades históricas y conflictos entre el Estado y las comunidades afrocolombianas.

El presente artículo es el resultado del trabajo de campo para la realización de una tesis doctoral sobre los flujos de movi­lidades de comunidades afrocolombianas en la frontera colombo-ecuato­riana, se analiza la movilidad circular/multirresidencial y forzada, esta última en el contexto del conflicto armado colombiano. Haciendo uso de la etnografía multisituada contribuye a una reflexión crítica sobre los impactos de la guerra en las representaciones de niñas y niños afrocolombianos sobre sus espacios y proyectos de vida.

Del 2015 al 2018, recorrí en promedio dos veces por año los territorios de la frontera colombo-ecuato­riana. En el trabajo de campo, una de las herramientas metodológicas utilizadas fue la realización de conversatorios en los que alrededor de dibujos elaborados por niñas y niños entre los 10 y 12 años, se representan las experiencias y discursos locales y cotidianos implicados en la producción de los lugares, entre ellos el río. Previo a la realización de los conversatorios, me reuní con las familias de los niños y niñas para socializar los alcances de la investigación y contar con su consentimiento en el acompañamiento que estaría realizando con los menores en sus espacios rutinarios. De igual manera, las niñas y niños fueron informados sobre los objetivos del trabajo de campo. Para esto realice dos talleres denominados "*conociendo mi territorio*" con el propósito de facilitar la comprensión de los principales aspectos de la investigación. En estos talleres se explico con recursos gráficos y un lenguaje familiar a las niñas y niños categorías como territorio, desplazamientos y violencias. Lo que sirvió como dispositivo narrativo para que relacionaran o cuestionaran dichas categorías desde sus vivencias y espacios locales. Dado los complejos contextos de violencias armadas que hacen presencia en la frontera colombo-ecuato­riana, los testimonios y dibujos de las niñas y niños, se presentan con seudónimo para proteger su identidad e integridad de posibles daños físicos, psicológicos o emocionales.

Durante el trabajo de campo me reunía con las niñas y niños para observar el entorno natural en el que nos movíamos y posteriormente, dialogar sobre la importancia

del río en sus desplazamientos cotidianos, en solitario, con amigos o familiares. En este espacio los menores platicaban acerca de los lugares que frecuentan y las actividades que disfrutan realizar. En algunas ocasiones, mientras caminábamos entre los manglares o navegamos en canoa por el río, las niñas y niños señalaban algunos lugares a los que no se podía ingresar porque hacen presencia grupos armados. Por otra parte, era frecuente en cada ruta de movilidad escuchar expresiones, como *“por allá no caminemos porque asustan”* o *“a orillas de ese estero encontraron un muerto”*, para hacer referencia a las vivencias de terror que se manifiestan en la cotidianidad de sus lugares. Después de caminar y navegar por el espacio ribereño nos reuníamos en la cancha de fútbol de la comunidad para representar por medio de un dibujo un lugar, una experiencia o un suceso que haya sido significativo en su vida individual o familiar. Al terminar la actividad socializábamos el significado de los dibujos, la mayoría de las niñas y niños representaban formas extremas de violencia que atacan la cotidianidad de sus vidas en el plano individual, familiar y comunitario. Esta violencia refiere al desplazamiento forzado, confinamiento espacial, utilización de los menores en los cultivos ilícitos y sicariato.

En este trabajo el análisis de los dibujos tiene como objetivo registrar los nuevos contextos materiales y simbólicos que emergen con la llegada del narcotráfico y grupos armados a la frontera colombo-ecuatoriana a partir de los modos de producción de conocimiento de las niñas y niños afrocolombianos. Como menciona Chacón (2004), las niñas y niños son sujetos con visiones, criterios, experiencias y significaciones de la realidad social; por tanto, sus representaciones permiten comprender el sistema de relaciones sociales que determinan a la infancia que, para este caso, esta permeado por violencias armadas. Es pertinente aclarar que los dibujos en la población infantil en contextos de violencia no son solamente representaciones diagnósticas, sino también un instrumento que posibilita el abordaje de emociones, vivencias atravesadas por el terror, y nuevas dinámicas conflictivas en lugares acaparados por la guerra y los grupos armados. Shinji Hirai (2012, p. 82-83), menciona que el abordaje de las emociones y experiencias situadas de los sujetos con sus lugares, las relaciones entre los imaginarios sobre el lugar, las representaciones del mismo, y el lugar que existe físicamente, nos permite explorar la formación de los imaginarios y las emociones y sus efectos sobre la realidad social. Siguiendo esta perspectiva, la mediación del dibujo en el relato etnográfico, permite testimoniar la vida cotidiana de las niñas y niños, a través de entrelazar emociones, recuerdos e interpretaciones desde sus propias elaboraciones; es decir, el trabajo de campo se convierte en una experiencia etnográfica visual que,

para el caso de la frontera colombo-ecuatoriana, pone en evidencia la ruptura traumática que dejan las violencias sobre sus vidas y espacios cotidianos.

Para John Berger (2011), en el dibujo existe una clara consciencia de intimidad entre el dibujante y la cosas dibujada, que profundiza la producción y representación de conocimiento, tanto subjetivo como sobre el mundo que nos rodea. En otras palabras, resalta o acentúa la realidad desde el punto de vista de quien dibuja. En el libro *"I Swear I Saw This"*, el antropólogo Michael Taussing, señala que el rol del dibujo en la práctica antropológica tiene varias acciones: representar, arrastrar, desenredar o un impulsar hacia algo o alguien. Dice Taussing (2011, p. 270) "una línea dibujada no es importante por lo que registra tanto como lo que nos lleva a ver". En este sentido, los dibujos de las niñas y niños abren una posibilidad para reflexionar desde sus propias miradas y elaboraciones los espacios en que habitan, articulando dicha reflexión con el *acto de atestiguar* sobre el sufrimiento social individual-colectivo y los abusos y dolores vividos, pero también con los intentos de adaptarse a las nuevas condiciones de supervivencia.

El trabajo de campo se realizó en los poblados ubicados en las riveras del río Mira, municipio de Tumaco. Uno de los escenarios complejos en los que me he concretado en este río tiene que ver con las relaciones de la vida cotidiana entre la niñez afrocolombiana y las violencias ejercidas por grupos armados, que no necesariamente remite a una reiterada sucesión de eventos de enfrentamientos, asesinatos, combates, bombardeos, reclutamientos etc., sino a la incorporación de la violencia en la practica rutinaria de las niñas y niños con sus lugares. Por ejemplo, es frecuente que los menores se han obligados a abandonar la escuela para incorporarse como "raspachines" de la coca (oficio que consiste en extraer las hojas de los tallos de coca) para los grupos armado, o como se explicará más adelante para sus familias. También han sido testigos del desplazamiento forzado o asesinato de sus familiares a manos de grupos armados, a los que han desplazado a sangre y fuego de sus territorios y han despojado de sus pertenencias condenándolos al desarraigo. En los trayectos de la movilidad cotidiana algunos niños manifiestan haber encontrado partes de cuerpos humanos en las raíces de los manglares o estancados en los esteros de los ríos. El relato de estos menores es uno entre muchos de los que circulan por pueblos y zonas rurales entre las personas que han visto desaparecer a sus familiares, amigos y vecinos, sin volver a tener rastro de ellos. Situaciones que han creado "espacios de confinamiento" que rompen dramáticamente la movilidad rutinaria de las niñas y niños con sus lugares. Al respecto, Ulrich Oslender, en sus estudios en comunidades negras del Pacífico colombiano,

plantea que los grupos armados han impuesto un régimen de terror que impone restricciones a los movimientos cotidianos de la población. Y agrega:

Estas restricciones pueden ser explícitamente impuesto por los actores armados que prohíben a la población desplazarse a ciertos lugares; o pueden ser restricciones implícitas impuestas por el miedo y el sentimiento de terror que le "aconseja" a uno no moverse hacia ciertos lugares. (OSLENDER, 2018, p.80).

Este régimen del terror también controla el acceso de alimentos e insumos básicos en las comunidades, sin tener la oportunidad de ejercer libremente sus relaciones socioafectivas, familiares y económicas entre comunidades y con su entorno.

En algunos casos, miembros del grupo familiar (padre, tíos, hermanos, sobrinos) de las niñas y niños, formó o forma parte de algún grupo armado. Los espacios de socialización en que estas personas comparten sus experiencias y acciones ejecutadas dentro de estos grupos suelen ser al interior de sus casas o en espacios frecuentados por los menores, como canchas de fútbol o tiendas comunitarias. En estos espacios las niñas y niños escuchan sobre enfrentamientos entre grupos armados, amenazas, asesinatos, etc., pero también aprenden sobre el manejo de armas y a identificar a grupos enemigos. En este punto, no es fácil separar culpables y asignar responsabilidades a las familias sobre las formas de socialización de los menores en contextos de violencias, ya que en estos territorios de alta precariedad los miembros del núcleo familiar son víctimas circunstanciales de un sistema de violencias estructurales que los excluyó y confinó a vivir en lugares de exclusión. Este sistema se vive en las faltas de oportunidades educativas y laborales, falta de seguridad, etc., No obstante, en el registro de las vivencias cotidianas de las niñas y niños, la familia con sus vivencias influye en las representaciones que construyen de sí mismos y de su entorno social. Por ejemplo, en esta frontera los padres de familia se internan en la selva desde tempranas horas de la mañana a trabajar en sus parcelas de tierras sembradas con cultivos tradicionales (plátano, coco, cacao), pero también con cultivos de coca. Para las familias, la participación en las actividades del narcotráfico muchas veces es la única alternativa real que tienen para sobrevivir a las condiciones de precariedad y extrema pobreza. O se dedican a los cultivos ilícitos y se los venden al grupo armado que controle la zona, o son desplazados de sus territorios (Olaya, 2019).

Es usual que las niñas y niños ayuden a sus padres en el deshoje de las matas de coca. Para los menores participar en esta actividad les significa apoyar a sus familias, y en algunos casos, obtener una pequeña redistribución económica que utilizan para comprar ropa o zapatos. Sin embargo, particularmente los niños, también comienzan a

proyectar aspiraciones en convertirse en narcotraficantes, formar parte de un grupo criminal, o viajar en las lanchas rápidas con toneladas de cocaína que salen, desde la frontera con Ecuador hacia México. La participación de la niñez en la economía del narcotráfico se encuentra vinculada al fenómeno del desplazamiento forzado interno, siendo este la última opción que cuentan las familias para salvaguardar la vida de sus hijos de las violencias y economías ilícitas de los grupos armados.

DESPLAZAMIENTOS FORZADOS

Figura 1: "Nos movemos de un lado a otro"



Fuente: Dibujo elaborado por Karina. Río Mira, Tumaco-Nariño, 14 de diciembre, 2015.

"*Nos movemos de un lado a otro*", dice Karina, una niña de 12 años, habitante de un pequeño pueblo ribereño fronterizo con Ecuador. En el dibujo, Karina representa el primer evento de desplazamiento forzado que vivió junto con su madre y hermanos a raíz del asesinato de su padre a manos de un grupo paramilitar. Karina, me contó que, constantemente, paramilitares llegaban a su casa a solicitar a su padre que sembrara la mata de coca, a lo que él se rehusaba. Un domingo, mientras acompañaba a su madre a vender empanadas en su pueblo, su hermano mayor de 15 años, con un rostro aterrorizado les gritó "mataron a mi papá". Inmediatamente corrieron hacia la casa y constataron las palabras de su hermano. El cuerpo de su padre se encontraba en el piso cubierto de sangre y con cinco impactos de bala, junto con una nota que decía: "*tienen 24 horas para salir del pueblo, sino les matamos hasta al gato de la casa*". Los grupos armados, el narcotráfico o el llamado crimen organizado funcionan desde múltiples canales comunicantes, uno de ellos es dejar junto al cuerpo masacrado, notas escritas, donde el texto es la muerte, y la muerte es discurso conminador (Valenzuela, 2019).

Entre el dolor y las amenazas, su madre le ordenó a su hermano, envolver el cuerpo de su padre en cobijas blancas “no podíamos esperar más tiempo, esa gente siempre cumple sus amenazas. Llevamos al cuerpo de mi papá al cementerio y lo enterramos en una bóveda que mi mamá afortunadamente había comprado hace un par de años. No hubo tiempo para velar a mi papá como Dios manda”, explica Karina. Al día siguiente empacaron la poca ropa que entraba en dos pequeñas maletas y se embarcaron en una pequeña canoa para llegar a un pueblo cercano a casa de su tía. Para las familias desplazadas, salir del pueblo en estas condiciones da lugar a fragmentaciones comunitarias, territoriales y familiares que repercuten directamente en los afectos y la materialidad de la vida social y productiva que agencian las niñas y niños con sus lugares.

Dos meses después de vivir en el nuevo lugar de residencia, unas personas “ofrecieron” al hermano mayor de Karina, vincularse a la guerrilla. “Primero le dijeron que lo necesitaban para hacer los mandados e ir a comprar comida a otro pueblo, luego le enseñaron a manejar armas y le encargaron vigilar si gente extraña llegaba al pueblo”, recuerda Karina. Cuando la guerrilla hace este tipo de ofrecimientos a los jóvenes, ellos tienen difícilmente la opción de decir que no. Durante dos años el hermano de Karina, participó del grupo guerrillero. Hasta que un día, llegaron a la puerta de su casa a buscarlo para que repondiera ante los jefes, por la supuesta desaparición de unas “panelas” de cocaína. “Mi hermano se rehusaba a salir, los guerrilleros se lo llevaron a la fuerza, lo embarcaron en una lancha, desde ese día no hemos vuelto a saber de él. A los días llegaron amenazas a mi madre de que nosotras teníamos escondidas esas “panelas” de cocaína, que si no las entregábamos, nos iban a matar”, refiere Karina.

El dibujo de Karina, representa el terror que comenzó a imponerse con la llegada de grupos armados a las comunidades afrocolombianas que viven en la frontera con Ecuador, y el país. En su relato el terror adquiere la forma de asesinatos selectivos, amenazas y desplazamientos forzados. Ante el temor de las amenazas de los guerrilleros, Karina, su madre y hermana, nuevamente se ven en la situación de desplazarse hacia otro lugar, esta vez hacia un barrio de bajamar en el municipio de Tumaco. En los barrios de bajamar los desplazados levantan viviendas precarias, con paredes y techos de cartón, plástico reutilizado, tablones de madera y bloques de cemento, sobre terrenos ilegalmente ocupados, denominados “invasiones”, y que carecen de servicios básicos. Generalmente, estos lugares son controlados por bandas criminales y grupos armados que ejecutan antiguas y nuevas formas de economías

ilegales como son el tráfico de drogas, las extorciones, el reclutamiento forzado de menores y el confinamiento espacial, este último conocido comúnmente como “fronteras invisibles”. Las “invasiones” podrían ser entendidos como lugares en los márgenes donde se incluyen nuevos y cíclicos desplazamientos forzados, los derechos humanos se difuminan y los desplazados son invisibilizados o deshumanizados; a lo que se suma la estigmatización al ser asociados con grupos armados que tienen el control en su lugar de origen. Los márgenes en los que se mueven o confinan las niñas y niños desplazados y sus familias nos recuerda lo que Ariadne Estéves (2019) ha llamado “Los bolsos de desechabilidad”: son áreas de injusticia espacial en las que poblaciones vulnerables, especialmente migrantes, son forzadas a vivir en condiciones inhumanas y mercados laborales ilegales con una aprobación táctica de los gobiernos que deberían, en teoría, y bajo la legislación de derechos humanos, ser protector.

En la frontera con frecuencia los desplazamientos forzados son circulares, las personas llegan a ciertas zonas urbanas o rurales de las cuales pueden volver a ser víctimas de desplazamiento por los grupos armados. En cada uno de estos desplazamientos las niñas y niños articulan en su cotidianidad las pérdidas de sus lugares, los recuerdos familiares y las violencias que los forzaron al destierro. El abandono de sus tierras, sus casas y sus ríos, rompe abruptamente con las relaciones socioafectivas y materiales de sus entornos, pero a la vez va construyendo en ellos una imagen fragmentada de los lugares manifiesta en miedos, angustias e incertidumbres.

Los estudios etnográficos sobre el desplazamiento forzado, han arrojado importantes reflexiones sobre los impactos traumáticos de los conflictos armados y la guerra, con que los desplazados y refugiados cargan y se mueven en sus itinerarios de búsqueda de nuevos asentamientos. Para Haesbaert (2002), el desplazamiento forzado conlleva a dinámicas de desterritorialización, entendida como los procesos de pérdida del control del espacio y de los ordenamientos sociales, imaginarios y culturales del territorio. Este concepto guarda relación con lo que Oslender (2008) ha denominado “desterritorialización mental”, para hacer referencia a la evasión de ciertos lugares que se relacionan con una percepción de amenazas y miedos al evocar recuerdos de las vivencias dolorosas que se produjeron en el lugar de expulsión. Para este autor las situaciones de amenazas, matanzas y desplazamientos forzados quedan impresos en los imaginarios de las personas y también de manera material en el paisaje. Esto implicaría no solamente el desplazamiento físico del territorio, sino también el desplazamiento del *espacio vivido* (Lefebvre, 2013), el espacio de la experiencia material en el que se desenvuelve la vida cotidiana, dotado de intersecciones simbólicas

y culturales donde las familias, niñas y niños construyen relaciones de la vida cotidiana de forma diferencial y articulada.

En cada desplazamiento forzado los niños, niñas y sus familias resisten y reconstruyen relaciones cotidianas, familiares y comunitarias. Al respecto, dice Karina "cada vez que nos ha tocado salir desplazados, es volver a comenzar de nuevo". Las niñas y niños agencian desde la inmediatez de sus condiciones de vida un repertorio de recursos materiales, simbólicos y narrativos para reconstruir la memoria de sus lazos familiares, comunitarios y territoriales, entre estos recursos, *el testimonio*. En la realidad de la niñez víctima de desplazamiento forzado el testimonio surge de contextos terriblemente desgarrados, fracturados y violentados, lleva sobre sí la marca de los acontecimientos vividos en los planos individual, familiar y comunitario, y atestigua a la vez la experiencia de quien lo enuncia. Para Ortega (2004), todo relato social que responde a una experiencia traumática de dolor o muerte, se constituye sobre la tensa dinámica de dos polos posibles: la disgregación y sus menelacólicas inscripciones y la reconstitución y el duelo por las pérdidas sufridas. Esto significa la posibilidad de atestiguar la pérdida y el sufrimiento social, pero a su vez pone en evidencia la agencia de los sujetos para la reconstrucción del sentido social de pertenencia. En otras palabras "por un lado, es reminiscencia de las violencias, abusos y arbitrariedades sufridas; por otro, es un intento por adaptarse a las nuevas condiciones de supervivencia" (Ortega, 2004, p.111).

De acuerdo con lo anterior, las palabras de Karina: "*volver a comenzar de nuevo*" nos habla de la búsqueda de estrategias para hallar su propia voz, no como un gesto de evasión del pasado, sino ocupándolo en su carácter de presente en tareas cotidianas para sobrevivir a los nuevos lugares de asentamiento, y a la desterritorialización física y mental existente en sus vivencias de dolor y miedo. Por ejemplo, en el entremedio de las normas y los nuevos ordenes sociales impuestos por los grupos armados en los barrios donde se producen los nuevos asentamientos de las personas desplazadas, levantar casas de palafitos con techos de cartón o plástico, es una estrategia para construir barrio y comunidad. Aquí también son importantes las redes de la *familia extensa*,² que son utilizadas por las personas desplazadas para ubicarse, ya sea en contextos urbanos o rurales, para buscar oportunidades de empleo y recurrir algunas

² La "familia extensa" hace referencia a cierta historia compartida que no tiene límites consanguíneos, sino que se puede ampliar en cualquier momento y lugar por afinidades comunitarias y/o territoriales (Hoffmann, 2007). De acuerdo con los datos obtenidos durante el trabajo de campo con pobladores del río Mira, la "familia extensa", se estructura ya sea por el núcleo familiar elemental (padres e hijos), lazos genealógicos, relaciones de compadrazgo o apellidos asociados al río o vereda de origen.

entidades encargadas del desplazamiento forzado. En otras palabras es "*hacer habitable la cotidianidad*", expresión utilizada por Veena Das (2008), para mostrar como en la experiencia de las comunidades devastadas por las violencias pueden surgir relatos que no borran el pasado, pero crean nuevas oportunidades para reasumir la vida cotidiana, tanto al nivel de la experiencia colectiva como al nivel de la subjetividad individual.

EL RÍO MIRA COMO TESTIGO

Figura 2: Cabeza en el río



Fuente: Dibujo elaborado por Carlos. Río Mira, Tumaco-Nariño, 15 de julio, 2017.

En el dibujo de Carlos aparece la cabeza de una mujer de cabello negro y piel blanca sumergida en un saco que navega sobre el río. Un hombre que boga sobre las aguas en compañía de un niño en una pequeña canoa construida con cedro se acerca hacia el saco, según Carlos en el pensamiento del hombre se imagina que es un bulto con cocaína que ha sido arrastrada por la corriente del mar hasta la desembocadura del río (es recurrente que los pescadores encuentren pacas de cocaína que son arrojadas al mar por los narcotraficantes al verse perseguidos por las autoridades). Con precaución el hombre toma su canaleta y arrima el saco hacia su canoa y procede a desamarrar la gruesa cuerda que ata su abertura. Al inclinar sus ojos hacia la profundidad del saco se sorprende al ver la cabeza de una mujer, inmediatamente le grita al niño con voz alta y a la vez temerosa i cierra los ojos y apriétalos bien fuerte! El niño obedece al hombre; sin embargo, su curiosidad lo impulsa ha abrir sus ojos y acercarse hacia el saco para corroborar por cuenta propia su contenido. Con una sensación de miedo y frio en su cuerpo, el niño le pregunta al hombre ¿Quién es la

mujer? ¿Dónde está el resto de su cuerpo? El hombre le responde: “a lo mejor es una paraca, esa gente hasta se mata entre ellos”.

Carlos al describir su dibujo con una mirada tímida y una voz entre cortada, sintiendo temor por lo que decía, señaló que el hombre y el niño del dibujo eran él y su padre. Menciona que, todas las tardes, después de salir de la escuela acompañaba a su padre a pescar en uno de los esteros del río Mira. Para Carlos navegar y abrirse camino por las trochas del río resultaba ser una experiencia fascinante. Recuerda que una tarde que viajó con su madre a visitar a su tía Maruja a Tumaco, miró un programa de televisión sobre biología marina en el que se hablaba de la diversidad de peces que hay en el mar, con una leve sonrisa en el rostro presume que muchos de esos peces él ya los conocía porque no están solo en el mar, sino también en el río; incluso había logrado montar su propia colección de peces que guarda con mucho cuidado en el pequeño cuarto de madera que comparte junto a sus tres hermanos. Su hermano mayor, quien vive en Cali, en una navidad le llevó a regalar un pequeño afiche que titula: “La vida en el mar”. Carlos soñaba con ser biólogo marino.

Desde aquel suceso, Carlos ya no volvió acompañar a su padre a pescar. Los domingos su familia suele navegar en una pequeña lancha a visitar a familiares a poblados cercanos fronterizos con Ecuador, por su parte él prefiere quedarse en casa cuidando a su abuela, dice sentir miedo de volver a pasar por el lugar donde encontraron la cabeza de aquella mujer. Carlos, recuerda la imagen del rostro de la mujer unida a la pregunta que le hizo a su padre ¿Dónde está el resto de su cuerpo? A la que trata de responderse así mismo: “se lo comieron los peces y cangrejos”. Hoy en día Carlos ya no colecciona peces. En las tardes prefiere acompañar a su mamá al culto de la iglesia evangélica a la que asiste hace dos años. En sus ratos libres lee la biblia, su parte favorita son los versículos del apocalipsis, sobre todo aquellos que hablan del fin del mundo. Ahora sueña con ser baterista de música cristiana.

El campo de los estudios afrocolombianos muestra como el espacio y movilidades de las comunidades afrocolombianas rurales y ribereñas, se organizan alrededor de la unidad espacial de los ríos, que constituye el lugar de identidad, creación de culturas y reconocimiento social y político, tanto individual como colectivo (Losonczy, 2006; Hoffmann, 2007; Oslender, 2008). Al respecto, Ulrich Oslender, desarrolla el concepto de *espacio acuático* en la región Pacífico para referir a los modos específicos en que los elementos acuáticos “como la constante presencia física o simbólica del mar, las intrínsecas redes fluviales, las quebradas, las cascadas, los manglares han influenciado

y dado forma de manera sustancial a los patrones de vida cotidiana de la región” (Oslender, 2008, p.133).

Las comunidades que habitan la frontera colombo-ecuatoriana están distribuidas en pequeños pueblos alineados a lo largo de los ríos. Los ríos son la referencia identitaria más inmediata de las niñas, niños y comunidades, por ejemplo, expresiones como “soy del Mira”, son frecuentes en la zona, constituyendo la referencia social más común y el espacio de intercambios familiares, económicos, productivos y culturales (Olaya, 2019).

El universo de los ríos se construye en interacción con otros, a la vez que conserva o adquiere rasgos propios y distintos a los vecinos. Si bien existen fuerzas que tienden al aislamiento y marginación de los ríos (a nivel económico principalmente), también existen prácticas que apuntan a la comunicación y a veces a la integración regional, por ejemplo, mediante las migraciones circulares y, de forma mucho más anclada en la cultura del Pacífico, la movilidad de las poblaciones (VANIN, 1999, p. 14).

El río Mira, es el medio en que se materializan las relaciones sociales, familiares e intercambios diarios (redes de cambio, alimentos, bienes, trabajo) en el espacio local y transnacional. En el espacio local, los pueblos ribereños se conectan con la ciudad de Tumaco, concebida y asumida por los pobladores locales como el lugar de trabajo, venta de productos agrícolas (principalmente cacao) compra de alimentos (arroz, panela, azúcar, enlatados) acceso a servicios públicos (salud, educación, programas de ayuda humanitaria), búsqueda y construcción de nuevos lugares de residencia. En el espacio transnacional los pueblos ribereños se conectan con lugares exteriores que funden como un polo de atracción del desplazamiento forzado (la costa norte de Esmeraldas, específicamente el municipio de San Lorenzo). De manera particular, con la llegada de los grupos armados, se han producido cambios y reestructuraciones en las motivaciones que han impulsado la movilidad circular de la gente afrocolombiana en la zona de frontera con Ecuador. La movilidad que un principio se estableció por motivos familiares e intercambios materiales, ahora se conecta con desplazamientos forzados impulsados por las violencias, a la par que las prácticas económicas tradicionales (pesca y agricultura) progresivamente han sido sustituidas por sistemas de cultivos agroindustriales y cultivos de coca capaces de transformar ambientes naturales en tierra muerta para los productos de primera necesidad (arroz, plátano, maíz y yuca).

En el dibujo y testimonio de Carlos, se muestra como el río Mira, que ha significado para las niñas y niños espacios de socialización se transforma en una “geografía del terror”, que modifica los trayectos rutinarios de las personas, a la vez que obstruye los procesos de transmisión de saberes y transforma las percepciones de los niños sobre su presente y futuro. Las técnicas predatorias de la violencia en la

frontera, como el acto de arrojar cuerpos desmembrados a los ríos, convierte a los ríos en espacio privilegiado de guerra y muerte. En el ejercicio de estas violencias los grupos armados van con la tentativa de inmovilizar y neutralizar espacialmente a las comunidades afrocolombianas. En el dibujo y testimonio de Carlos, se puede observar que “no solamente sus movimientos físicos y su movilidad por los ríos están confinados espacialmente, sino también su imaginación y experiencia sentimental de viajes, visitas, juegos y fiestas” (Oslender, 2018, p.81).

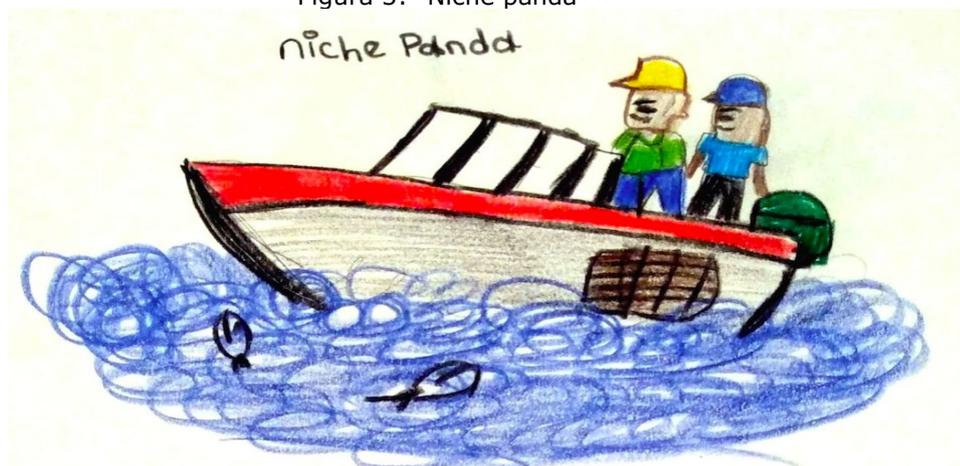
Es importante subrayar que, la práctica de hacer desaparecer los cuerpos tirándolos al río, ya sea desmembrados o vaciando sus abdómenes y llenándolos con piedras para evitar que floten, no es nueva en Colombia; sin embargo, es una práctica deshumanizante que se intensificó con el crecimiento de los grupos paramilitares en el país, a partir de la década de 1980. Esta práctica que es utilizada ya sea para eliminar las huellas de su crueldad, infundir terror o impartir castigo, tiene tres polos: la del horror y el dolor por las vidas destruidas de miles de familias víctimas, la de resistencia y abnegación por aquellas personas, familias y organizaciones sociales que han emprendido la búsqueda de sus desaparecidos para cerrar el ciclo del duelo y procurar justicia y reparación, y la de personas, adultos, niñas y niños que en sus movildades cotidianas encuentran los cuerpos y viven experiencias de miedo y terror.

Quisiera, detenerme por un momento, en una expresión utilizada por Carlos: “cuando encontramos esa cabeza navegando sobre el río, yo sentí mucho miedo, *el río fue testigo* del miedo que me subía de los pies a la cabeza”. Para las comunidades afrocolombianas los ríos adquieren una significación como entidad vivencial y profundamente histórica que genera vínculos afectivos y emocionales con los sujetos. “El río como testigo” nos habla, de una forma particular de ser y estar en el mundo, en que la relación de humanos y no-humanos se concreta a través de una infinita cantidad de practicas relacionales en que se proyectan diversos sentidos de existencia y comunicación. Restrepo (2016), en su estudio sobre la producción del espacio en las comunidades afrocolombianas, utiliza el concepto de territorialidad, para describir las referencias y prácticas espaciales que mediadas por representaciones culturales son desplegadas por grupos sociales. Para este autor en un mismo -espacio físico- se pueden desplegar y coexistir diferentes territorialidades “(en un manglar puede ser objeto de experiencias y prácticas territoriales propias del cultivo industrial del camarón o de aquellas ligadas a una recolección y pesca artesanal de sus productos para el consumo de grupos domésticos locales” (RESTREPO, 2016, p.190). Teniendo en cuenta esta perspectiva, en el dibujo y lo expresado por Carlos, emerge otra territorialidad que

proyecta al río como un "paisaje del miedo" (Oslender 2018). En esta territorialidad se pone en evidencia la práctica utilizada por los grupos armados para desaparecer los cuerpos de sus víctimas arrojándolos a las aguas. Situación que rompe de manera abrupta las experiencias vividas y las prácticas situadas que producen sujetos-en-lugares (Escobar, 2010), esto es la relación y comunicación entre humanos y no humanos. Pero también el río ha mostrado, a su manera, una forma de testimoniar la violencia: los cuerpos tarde o temprano salen a flote. El río como testigo, también nos habla de cuerpos empujados por las corrientes de los afluentes hacia las orillas, cuerpos estancados sobre los esteros o manglares, que son la oportunidad para que las familias y organizaciones que buscan a sus desaparecidos cierren los ciclos del duelo.

EL "VIAJE"

Figura 3: "Niche panda"



Fuente: Dibujo elaborado por Santiago. Río Mira, Tumaco-Nariño, 16 de diciembre, 2016.

¡Yo quiero dibujar un "Niche panda" viajando en su lancha con la "merca" (cocaína)! ¿qué es un Niche panda, Santiago?, pregunté. Es la gente que manda las lanchas con cocaína a México. Son los que ahora mandan la parada en plata, rumba y mujeres, refiere Santiago. Le voy a mostrar la canción de los "Niche panda". Santiago va corriendo a pedirle prestado el celular a su papá donde está grabado el video musical. A su regreso y en cuanto sonó la canción todos los niños y niñas presentes se aglomeran sobre la pantalla del celular. Para ellos es una letra ya conocida, quienes viajan a Tumaco la escuchan casi a diario a alto volumen en sus equipos de sonido; por su parte quienes viven en los territorios ribereños la escuchan frecuentemente en los celulares de algunos miembros de la comunidad. Unos cantaban, otros bailaban, todos juntos en una sola voz entonaban con un entusiasmo desmedido la canción; saltaban y reían. La

repitieron cuatro veces, cada vez aumentaban la intensidad de su voz. La estrofa que más los entusiasmaba, dice:

Nosotros mandamos las lanchas llenas de coca
Y marihuana, gringos consumen como panda
Los niches se llenan de plata, el hijo del chapo me llama
Me pide mil kilos de panda, le meto por coca, por
Lista, por watish y se los pongo en Guadalajara
Coronamos la vuelta y me paga
En unos containers la bajan,
Lancheros esperan su plata, a las mamis
Les llevan la paca, nos vamos para jardín plaza
Compramos cadenas bacanas, luego nos bajamos
Pa tura y en la guarida explotamos champaña

¡Ese es nuestro himno!, expresó Ricardo. Las lanchas salen de aquí, manifestó Samuel. El papá de Santiago es “Niche panda”, siempre trae tenis de marca, *adidas*, *nike*, viste a la moda con pantalones bota tubo, rotos en las rodillas y desteñidos, sobre su cuello cuelga un collar en oro amarillo y blanco de aproximadamente dos centímetros de ancho adornado con un dije que contiene las iniciales de su nombre, sobre sus manos posan tres anillos de oro de alto grosor. Santiago, cuenta que el collar de su padre fue bendecido por un cura en el Santuario de las Lajas, lo que según él le ha traído mucha suerte, pues su padre ha realizado dos “viajes” con drogas al exterior y ha “coronado”. Santiago y sus amigos quieren ser “Niche panda”. Ellos ya han dado sus primeros pasos en el mundo del narcotráfico. A sus cortas edades ayudan a sus familias en el sembrío y raspado de las matas de coca, son niños “raspachines”. Estos pequeños tienen claridad sobre las condiciones climáticas y de seguridad en los viajes con cargamentos de cocaína. Saben de los riesgos: si no se reportan en ocho días con sus familias, es porque los agarró la policía, o en el peor de los casos fueron asaltados por barcos piratas y arrojados al mar.

“Niche panda” es una canción del cantante Junior Jein, que a ritmo de rap cuenta los “hazañas” y negocios de los “viajes” con cocaína de jóvenes del Pacífico colombiano hacia México. La letra de esta canción hace referencia a supuestas rutas para la salida de la droga desde los puertos y ríos del Pacífico, las conexiones entre carteles colombianos y mexicanos, y sus negocios con políticos y fuerzas militares. Al respecto, Jaime Arocha, en su columna del Espectador, refiere que esta canción ilustra cómo la exportación de cocaína les acerca el sueño americano a los tumaqueños (*Elespectador*, 27 de abril, 2017).

En la frontera encontré una nueva denominación de los grupos armados dedicados al cultivo, procesamientos y tráfico de cocaína: los “Niche panda”. Estos grupos tienen una particularidad: el tráfico con cargamentos de cocaína hacia el exterior

lo hacen por medio de viajes en lanchas rápidas. Al respecto, la periodista mexicana Ana Lilia Pérez en su libro "Mares de cocaína. Las rutas náuticas del narcotráfico", realiza una exhaustiva investigación acerca de cómo opera el tráfico de drogas a nivel mundial. Según esta autora, los puertos del Pacífico colombiano están controlados por el cartel de Sinaloa y Los Zetas, como dueños de muchas embarcaciones pesqueras, lanchas rápidas y flotas navales marítimas completas que desde puertos colombianos envían toneladas de cocaína a diferentes lugares del mundo. Pérez los define como capitanes de mar y tierra, no solo por el control de las rutas náuticas, sino también terrestre. Los carteles mexicanos en colaboración con socios colombianos que ayudan con los cultivos de la mata de coca y laboratorios para su procesamiento han expandido las rutas de la cocaína a países del continente africano como Guinea. Esta economía en expansión controla los mundos de vida de las comunidades afrocolombianas que habitan en los puertos costeros, zonas ribereñas y barrios de baja mar en el Pacífico colombiano. Por la ruta del Pacífico, los cárteles colombianos y mexicanos han conquistado los mercados ilegales de tierras tan lejanas como Australia, las remotas islas Marschall o los puertos asiáticos (Pérez, 2014). Asimismo, han contribuido a hacer de Guinea el primer narcoestado del mundo, de España la bodega de droga en Europa, de Panamá el puente central para el narcotráfico interoceánico y de Veracruz, Coahuila, Campeche y Acapulco los "narcopuertos" mexicanos.

En Colombia los ríos que cruzan las fronteras con Brasil, Ecuador y Panamá son corredores fluviales para el transporte de cocaína dominado por la violencia de los grupos armados y cárteles del narcotráfico. Por ejemplo, en el departamento del Chocó, en las cuencas de los ríos San Juan y Baudó, las Fuerzas Armadas y el Ejército colombiano, han encontrado submarinos eléctricos fabricados en estos lugares para el transporte de clorhidrato de cocaína hacia el exterior, producida por carteles de droga mexicanos y el ELN -Ejército de Liberación Nacional- (*El colombiano*, 2016). En Tumaco, se ha desarrollado la mayor tecnología para el transporte de cocaína, desde lanchas artesanales, barcos, buques y hasta submarinos: Tumaco es el puerto del siglo XXI para las rutas náuticas del narcotráfico (Olaya, 2019). Desde los ríos Mataje, Mira y Patía, de este municipio se envía entre el 60% y 70% de toda la droga que sale, desde Colombia a Estados Unidos. La cantidad de afluentes y desembocaduras que tienen los ríos, la densidad de la selva, laberintos de manglares, con esteros, canales, caños y ciénagas, facilita el desarrollo de las economías ilícitas en condiciones de poca presencia de un control antidrogas en esta zona.

Los niños, niñas y adolescentes de los pueblos ribereños conocen bien las rutas fluviales que conducen a las áreas de las costas planas, los deltas de los ríos y manglares. El conocimiento sobre estos espacios los convierte en objetivo de ser reclutados por grupos armados y narcotraficantes para vigilar los cultivos de coca, o para viajar en lanchas rápidas con toneladas de cocaína hacia Centroamérica. De esta manera, *el espacio vivido* de las comunidades afrocolombianas es un espacio que deviene en instrumento del narcotráfico. Siguiendo a Lefebvre (2013), el espacio dominante de toda forma de capitalismo con sus relaciones de producción, es el *espacio abstracto* el *espacio instrumental*, que busca apropiarse de los territorios de las comunidades locales para imponer modos de producción basados en la extracción y explotación de los recursos naturales y economías ilícitas. En el espacio abstracto-instrumental, grupos armados y carteles del narcotráfico se disputan el control de los espacios y trayectorias de las personas por los ríos, selvas, manglares y el mar. El espacio instrumental nos habla de acciones e intervenciones armadas contra los pobladores locales, de la imposición de fronteras internas por diversos grupos armados y de las nuevas representaciones del espacio que emergen vinculadas a las vivencias en contextos de guerra. A partir de esta labor instrumental se conforma un espacio que "elimina, suprime, evacua y transforma todo lo que se le opone mediante la violencia" (OSLENDER, 2008).

Durante la socialización de la canción "Niche panda", Santiago menciona: "Yo quiero hacer billete como hacen los capos, quiero andar en el cuento y "coronar" una merca". Entre risas otros niños agregan "con la coca es que se hace la plata porque acá en este monte no pasa nada". De inmediato interrumpí a los niños y les pregunté ¿Qué significa que "en el monte no pasa nada"? A lo que Samuel, responde: "pues que no hay nada, no hay escuela, no hay trabajo, solo hay coca". Lo manifestado por los niños coloca en el centro de la discusión las condiciones socio-territoriales y económicas de la niñez afrocolombiana relacionadas con la significancia que la "nada" -expresión motivada en el contexto de la vida cotidiana, que en algunos casos, puede ser la manifestación de un sentimiento colectivo- otorga a los territorios como un espacio empobrecido de posibilidades y, donde las proyecciones de un proyecto individual o colectivo para la niñez, es débil o francamente inexistencia. De igual manera, el trasfondo de las expresiones de las niñas y niños evoca un devenir histórico-político de exclusiones que va desde la relación del Estado-nación con los territorios y comunidades afrocolombianas, hasta el acaparamiento y control de estos territorios y sus poblaciones por parte de grupos armados.

Los territorios afrocolombianos en la frontera con Ecuador, como en toda la región Pacífico, han experimentado un -aislamiento relativo- y se caracterizan por una gran marginalidad respecto a la sociedad nacional (Hoffmann, 2007). Desde inicios tempranos de la colonia se construyó una imagen de la región como lugares en los márgenes, o lo que Sofonías Yacup, ha analizado en términos del "litoral recóndito". Lo "recóndito" remite a exclusiones históricas de los territorios y sus pobladores. Dichas exclusiones surgen en las complejas interacciones de los diferentes ciclos del capital extractivo en la región. Desde la colonia mediante la introducción de una economía minero-esclavista, las rutas y explotación y salidas del oro, a finales del siglo XIX, y en el transcurso del XX, la explotación de maderas finas, tagua y caucho y nuevamente la minería, este último se extiende hasta la actualidad junto con los cultivos de palma africana para la producción de biodiesel (Escobar, 2010). En este sentido las comunidades y territorios se sitúan en un devenir histórico-político de exclusiones y despojos que van desde los espacios de la colonia o la plantación a un presente de desplazamientos forzados a mano de las políticas económicas extractivas implementadas por el Estado, y las violencias ejercidas por los grupos armados.

Es importante subrayar que existe una relación disyuntiva entre el Estado colombiano y las comunidades afrocolombianas que habitan la frontera con Ecuador. En el plano económico la zona de frontera, dada su estratégica ubicación y riqueza en biodiversidad, ha sido conectada a la nación como una de las principales plataformas para la producción y reproducción de capital y la expansión de economías agrícolas y mineras. No obstante, en el plano de las relaciones económicas y políticas del Estado con las comunidades, han sido excluidas sistemáticamente de las políticas gubernamentales; redimensionado la relación centro/periferia que en estas comunidades se manifiesta en privaciones sociales y económicas como el acceso a servicios básicos (electricidad, centros de salud, vivienda, alcantarillado, etc.) y oportunidades laborales y educativas. Al respecto, estudios recientes del Centro Latinoamericano para el Desarrollo Rural (2017), han documentado que las subregiones de Alto Patía y Norte del Cauca, Pacífico medio y Pacífico sur presentan características de vulnerabilidad más altas en relación con el resto de municipios del país. El Pacífico sur y su frontera con Ecuador es la subregión más vulnerable y desconectada de la región Pacífico. Estos territorios son el medio ideal para los grupos armados y sus propósitos, que para la frontera entre Colombia y Ecuador son basados en el narcotráfico.

El relato de Santiago y sus amigos, la aspiración de convertirse en “Niche panda” y arriesgarse a cruzar la frontera en una lancha con cocaína, exige reconocer la historicidad de las exclusiones en los territorios afrocolombianos. La pobreza, la falta de oportunidades el trabajo mal remunerado, la marginación social, son condiciones para la vinculación de las niñas y niños a los grupos delictivos dedicados al tráfico de drogas conectados con carteles/empresas transnacionales para la expansión del mercado y negocio a escala global. La violencia de Estado y la violencia de los grupos armados son dimensiones hermanadas en la producción de *sujetos endriagos*, término utilizado por Zayak Valencia, para referir a la creación de subjetividades que buscan “instalarse a sí mismas, a quienes las detentan, como sujetos válidos, con *posibilidades de pertenencia y ascensión social*. Creando nuevos *campos*, desde una de las inversiones más feroces, desacralizadoras e irreparables del capitalismo” (VALENCIA, 2010, p.10). Los sujetos endriagos se crean en territorios fronterizos controlados por el crimen organizado, incorporan técnicas predatorias de violencia y las leyes del mercado en su lógica de poder y control de los recursos y pobladores locales.

Convertirse en “Niche panda” es la manifestación de una subjetividad endriagada. El “Niche panda” es un medio de empoderamiento masculino y adquisición de capital que se afianza en el tráfico de drogas y la violencia. Permítanme, retomar el siguiente interrogante ¿Cómo las niñas y niños construyen sus representaciones y referentes cuando la sociabilidad de la vida cotidiana está marcada en, para y por la guerra? Las representaciones y referentes se construyen con base en el poder, status y reconocimiento que da pertenecer a un grupo armado o cártel de narcotráfico y de la oportunidad que ello significa para cambiar la precariedad de la vida cotidiana. En este sentido, viajar en lancha con toneladas de cocaína hacia el exterior ubica a la frontera y la navegabilidad del río como una ruta del narcotráfico, pero también como la posibilidad de una apertura en lo cotidiano en la cual la niñez y los jóvenes tratan de restablecer elementos legales y simbólicos de una institucionalidad del Estado que ha sido rebasada o francamente anulada. Manteniendo a estas colectividades como testimonio vivo de la fragilidad del orden social en el que se desarrollan.

Las representaciones de la niñez afrocolombiana en contextos de guerra, emerge en escenarios hostiles, que incluyen: el racismo que estigmatiza las subjetividades e identidades afrodescendientes como vidas precarias. Las prácticas de racismo en Colombia asumen que las personas afrocolombianas por su condición etnico-racial son personas violentas y criminales, incrementando sus niveles de precariedad y vulnerabilidad. La violencia económica que hace que las familias no logren cubrir las

necesidades básicas. Las niñas y niños deben abandonar la escuela para trabajar, muchos de ellos en los cultivos ilícitos. La violencia institucional que les estigmatiza y criminaliza.

La violencia institucional también se manifiesta en biopolítica, como estrategia de control y disciplinamiento del cuerpo de las niñas, niños y adolescentes. Por ejemplo, en Colombia, una de las estrategias de la llamada “lucha contra el narcotráfico” es la incautación de toneladas de cocaína en los territorios del Pacífico, pero también el asesinato de jóvenes afrocolombianos en enfrentamientos o emboscadas de las Fuerzas Militares a los grupos armados. Desde el discurso de la “seguridad democrática”³ eliminar a estos jóvenes debilita al crimen organizado, a la vez que pugna por devolver la “confianza” de la población civil en las Fuerzas Militares. Este discurso tiende a restarle importancia a los escenarios hostiles en que viven las niñas, niños y jóvenes en sus contextos locales, para hacerlos ver como maquinarias productivas de violencias y economías ilícitas. Sin temor a equivocarme, podría decir que estos menores y jóvenes padecen más violencias de las que ejercen: violencias históricas de exclusiones que se interceptan y se fortalecen en la producción y reproducción de violencias asociadas al narcotráfico. Como dice Rossana Reguillo “ser joven es un factor de riesgo de morirte simplemente por serlo” (Reguillo, 2010). El factor de riesgo al que se refiere Reguillo puede exacerbarse acorde a los lugares de movilización de las personas, como a condiciones socioculturales, raciales y económicas que inciden en el entramado de posibilidades para la construcción de sus proyectos de presente-futuro en contextos de vida o muerte.

³ La presencia de militares en el Pacífico no es una estrategia de seguridad nueva. Durante los dos periodos de gobierno (2002-2010) del expresidente Álvaro Uribe Vélez su política de “Seguridad Democrática” - nombre que acuñó para su programa de gobierno- en la lucha contra el narcotráfico y el crimen organizado, con el apoyo de los Estados Unidos, se centró en ejercer un control militar en las zonas con mayor presencia de actores armados. Esta política también se esforzó en comprometer a los países fronterizos (Ecuador, Panamá, Brasil, Venezuela y Perú) con el reforzamiento militar de las fronteras binacionales en la lucha contra el terrorismo, habiendo alcanzado importantes acuerdos de cooperación en este campo, pero habiendo generado también fuertes reacciones negativas; entre ellas: las denuncias de comunidades indígenas, campesinas y afrodescendientes que habitan en las zonas de fronteras al quedar en medio del fuego cruzado no solamente por los grupos armados que operan en el territorio nacional, sino también por las fuerzas militares extranjeras que a nombre de la protección de sus fronteras del conflicto armado también han criminalizado y atentado contra la población civil.

ARMAS DE JUGUETE

Figura 4: El sicario



Fuente: Dibujo elaborado por Steven y Andrés. Río Mira, Tumaco-Nariño, 22 de diciembre, 2017.

Steven tiene 11 años y Andrés 12 años, son hermanos. Siempre juegan con armas elaboradas de trozos de madera torpemente clavados, asemejando un rifle o una pistola. Una tarde de manera muy sutil me presumieron sus armas, las portaban sobre la cintura de sus pantalones. La mamá de Steven y Andrés asume como "normal" que sus hijos jueguen con armas de juguete. Para ella, jugar con armas no tiene nada de malo, eso les ayuda a ser más "hombrecitos" y a defenderse de la gente que les quiera hacer daño. El padre de los niños está preso en una cárcel en Ecuador, lo capturaron mientras transportaba en una lancha "panelas" de cocaína camufladas en unos bultos con cacao. Su madre, ante la imposibilidad de sostener a sus hijos, envió a los menores a estudiar a Tumaco. En épocas de vacaciones los niños regresan al pueblo a visitar a su madre. En Tumaco viven con una tía y un hermano mayor en el barrio Nuevo Milenio, lugar conocido como "*sal, si puedes*" una zona controlada por bandas criminales dedicadas a la extorsión y microtráfico de drogas. Para ingresar a este barrio es fundamental tener familiares o conocidos, quienes deben avisar a los jefes de las bandas criminales sobre la llegada de cualquier foráneo.

Steven y Andrés elaboran juntos un dibujo, en el cual representan a dos hombres en una moto, el hombre que va en la parte trasera lleva un arma y dispara en el pecho de una persona que va caminando sobre la calle.

Steven, dice: él que dispara es mi hermano, ese man tiene un ojo fijo para tirar el gatillo, ra-ta-ta-ta-ta-ta lo descarga todo en un segundo. Andrés, le complementa: entre más lejos él este su tiro va más a la fija. Para estos niños su hermano mayor es un héroe. Se incorporó hace dos años como sicario para una banda criminal en Tumaco, nunca ha sido arrestado por la policía y tampoco los grupos enemigos lo han intentado

asesinar, eso se debe al respeto y poder que ha ganado en la zona, indica Steven. Según él su hermano ha asesinado a cinco personas, algunos por órdenes de sus superiores y otros porque se le atravesaron en el camino.

Steven y Andrés conocen diferentes tipos de armas, incluso presumen que su hermano les ha enseñado a disparar. Quieren tener una pistola de verdad, balas de verdad. Ellos quieren ser sicarios. Al igual que el contexto de los niños que desean ser "Niche panda", para Steven y Andrés, la violencia se ha convertido en un acompañante cotidiano que los socializa y construye en ellos referentes en el mundo del crimen organizado y el narcotráfico. La violencia se vive en estos territorios como un proceso natural de aprendizaje, de relaciones con el Otro y con su entorno, pero también prolifera una enseñanza social de sobrevivencia. Aprender a manejar un arma o tener un hermano sicario, es una protección de las niñas, niños y familias ante el riesgo que ronda en sus cotidianidades. Ellos tienen claro que los mensajeros de la muerte pueden llegar en cualquier momento, ya sea a sus casas, al río o al barrio, etc., y acabar con su vida o la de sus familiares.

Para llegar a convertirse en sicarios los niños pasan una serie de pruebas deshumanizantes al interior de los grupos armados y el crimen organizado, por lo general son utilizados como informantes o mandaderos, después pasan a ser los muchachos de confianza del jefe del grupo, se les encomienda el cuidado de armas, el cobro de extorsiones o el microtráfico de drogas; luego llega la prueba reina "apretar el gatillo" y mostrar "madera" para aniquilar al sujeto que asumen como el enemigo. Es cuestión de meses los niños capitalizan el ejercicio de la violencia convirtiéndose en sicarios. Jose Luis Cisneró (2014, p. 189) en su estudio con niños y jóvenes sicarios en México, refiere que "son la fuerza que nutre a los grupos de criminales, no sólo por la ventaja de su edad, que los hace acreedores a sanciones penales cortas, sino también porque suelen mostrar un fuerte sentido de pertenencia y lealtad a los grupos delictivos que los cobijan".

Esta lealtad e identidad de la que nos habla Cisneró, se refuerza por las amenazas que pueden recaer sobre los familiares de los menores sino cumplen las ordenes encomendadas por el grupo delictivo. El mundo de la criminalidad atraviesa todas las fronteras de sociabilidad de los niños, incluida la familia. Una vez adentro, si huyen o traicionan la confianza del grupo, este puede cobrar venganza con los familiares más cercanos, que en la mayoría de los casos conducen a la muerte. Estos niños son el rostro del dispositivo biopolítico del Estado colombiano, que administra la vida de los excluidos condenándolos a sobrevivir en los márgenes de la ilegalidad, estigmatizando

y criminalizando sus subjetividades e identidades hasta el punto de convertirlos en el "enemigo público", el "sujeto criminal" que el Estado con su fuerza pública debe aniquilar. En la frontera colombo-ecuatoriana, los niños tienen claridad de ello, es frecuente escucharlos decir en sus espacios cotidianos de socialización que, ser sicario es: "**vivir al límite**" entre la vida y la muerte.

CONCLUSIONES

Se ha demostrado que un aspecto central de la vida fronteriza entre Colombia y Ecuador es su heterogeneidad marcada por la diversidad de trayectorias y movilidades de las personas afrocolombianas en el espacio local y transnacional. Esta frontera alude a una porosidad con marcadas desigualdades, diferencias y violencias, donde la colindancia con la también heterogeneidad de las comunidades afrocolombianas está impregnada de conflictos sociales que no solo redefinen las representaciones individuales y colectivas de las niñas y niños sobre sus espacios, sino también transforma sus paisajes y territorios en nuevas temporalidades que hacen visibles los significados y consecuencias de las violencias y las desigualdades sociales. El control de los territorios afrocolombianos por grupos armados impone una reconfiguración de la frontera como una "geografías del terror", mediante representaciones y vivencias del miedo que hacen que el espacio vivido se muestre y se ha reapropiado, principalmente por las nuevas generaciones, como un producto aislado y fracturado de los procesos históricos de su producción y, con ello, el establecimiento de nuevas relaciones de producción, dominación y explotación sobre los territorios y los grupos sociales que lo habitan.

En la frontera colombo-ecuatoriana se han intensificado los cultivos de coca y las rutas que utilizan narcotraficantes para mandar toneladas de cocaína al exterior, ya sea por vía terrestre o rutas marítimas. En este contexto las niñas y niños afrocolombianos crecen, se socializan y construyen sus referentes de presente y futuro. Las historias de Karina, Carlos, Santiago, Steven y Andrés son apenas un par de muestra de lo que la guerra y el narcotráfico está causando en la infancia afrocolombiana. Estos menores se nutren de la pobreza, la marginación y la violencia institucional de un Estado y sus instituciones de educación y socialización con un débil compromiso para la protección integral de la niñez afrocolombiana. Un Estado que continúa fortaleciendo políticas de militarización como única alternativa de lucha contra el crimen organizado en los territorios afrocolombianos, obviando que la utilización de niñas, niños y jóvenes en la

guerra se facilita por los contextos de exclusiones estructurales en que viven estas personas.

Los desplazamientos forzados se dan en escenarios de extremas violencias ejercidas por grupos armados de variada naturaleza. Estas violencias se fortalecen con las desigualdades sociales y políticas económicas extractivas que acaparan las tierras y territorios afrodescendientes como sitios nada más para la extracción de recursos naturales. De ahí que, los desplazamientos forzados no son el fin último; constituyen tan sólo el eslabón de nuevas violencias y territorialidades construidas en lugares en los márgenes, donde las niñas, niños y sus familias tratan de reconstruir un proyecto de vida individual y colectivo, un "*volver a comenzar de nuevo*". En las niñas y niños afrocolombianos atestiguar sobre sus lugares, refleja carencias no sólo económicas, sino también emocionales; algunos de estos menores construyen sus referentes en el mundo del narcotráfico y el sicariato como una vía de "fuga", un espacio de sobrevivencia, frente a una sociedad que los estigmatiza y criminaliza por la condición de pobreza, pero también por su condición étnico-racial.

El narcotráfico ofrece un espacio de reconocimiento a las niñas y niños que la sociedad les ha negado. Lo interesante será indagar por otras alternativas de movilidad y reconocimiento en las niñas y niños que no estén insertas en las economías criminales. Esto obliga a repensar el papel del Estado, la sociedad civil, los derechos humanos y demás instrumentos y políticas multiculturales que reconocen a los pueblos afrodescendientes como sujetos de derechos. La pregunta abierta que deseo dejar para futuras investigaciones y reflexiones es *¿cuáles son las posibilidades para dignificar la vida de las niñas y niños afrocolombianos en contextos controlados por las economías criminales -con sus ejércitos, dominios y tecnologías-?*

REFERENCIAS

AROCHA, Jaime. Sueño niche. **El Espectador**. (9 de octubre, 2007). Disponible en: <https://www.elespectador.com/opinion/sueno-niche-columna-717252>. Acceso en: 15 de octubre, 2017.

BARTH, Fredrik. **Los grupos étnicos y sus fronteras**. México. Fondo de cultura económica, 1976.

BARGENT, James. **Ecuador**: autopista de la cocaína hacia Estados Unidos y Europa. 2019. InSigt Crime. Disponible en:

<https://es.insightcrime.org/noticias/analisis/ecuador-autopista-de-la-cocaina-hacia-estados-unidos-y-europa/>. Acceso en 24 de enero/2020.

BERGER, Jonh. **Sobre el dibujo**. Barcelona: Editorial Gustavo Gili, 2011

CASTORIADIS, Corneliues. **La institución imaginaria de la sociedad**. El imaginario social y la sociedad. Madrid: Editorial Tusquets, 2017

CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA. **Una guerra sin edad**. Informe nacional de reclutamiento y utilización de niños, niñas y adolescentes en el conflicto armado colombiano. 2017. Bogotá: CNMH, 2017.

CENTRO LATINOAMERICANO PARA EL DESARROLLO RURAL (Rimisp), **Caracterización territorios PDET Pacífico-FIDA**. 2017. Disponible en: https://rimisp.org/wpcontent/files_mf/1514264326FIDA_Caracterizacio%CC%81nPDETPACIFICO_20. Acceso en: 15 de noviembre, 2018.

CISNEROS, José Luis. Niños y jóvenes sicarios: una batalla cruzada por la pobreza. 2014. **El Cotidiano**, n. 186, julio-agosto, 2014, pp. 7-18. Distrito Federal, México. Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Azcapotzalco.

DAS, Veena. Wittgenstein y la antropología. 2008. En Francisco Ortega (ed.), **Sujetos del dolor, agentes de la dignidad**, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Sociales, Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Pensar, Colección Lecturas CES, pp. 295 – 342.

DIÓCESIS DE TUMACO, Nariño, Colombia. **iQue nadie diga que no paso nada! Una mirada esperanzadora desde la región Pacífico nariñense**. 2017. Disponible en: <https://pacificocolombia.org/wp-content/uploads/2016/05/0392074001418819081.pdf>. Acceso en: 18 de noviembre, 2019.

EL COLOMBIANO. **La pesca de la coca**: el drama de la olvidada, Bahía Solano. (31 de diciembre de 2016). Disponible en: <https://www.elcolombiano.com/colombia/la-pesca-de-la-coca-el-drama-de-la-olvidada-bahia-solano-FM5680326>. Acceso en: 24 de marzo, 2017.

ESCOBAR, Arturo. **Territorios de la diferencia**. Lugar, movimiento, vida, redes. Bogota. Colombia: Envió editores.

ESTÉVEZ, Ariadna. **Bolsones de desechabilidad**: espacios de precariedad radical para migrantes en América Latina. 2019. Disponible en: <https://medium.com/@ariadnaestvez/bolsones-de-desechabilidad-espacios-de-precariedad-radical-para-migrantes-en-américa-latina-882140dab17a>. Acceso en: 15 de noviembre, 2019.

CHACÓN, C. Jerry. Antropología e infância. Reflexiones sobre los sujetos y los objetos. **Cuicuilco**, vol. 22 no. 64. México sep-dic, 2015.

HAESBAERT, Rogério. **Del mito de la desterritorialización a la multiterritorialidad**. Universidad Nacional autónoma de México, 2002.

NOTAS

“VIVIR AL LÍMITE”: NIÑAS Y NIÑOS AFROCOLOMBIANOS EN TIEMPOS DE GUERRA: UN ESTUDIO ETNOGRÁFICO EN LA FRONTERA ENTRE COLOMBIA Y ECUADOR

“Living at the edge”: afro-colombian girls and boys in times of war: an ethnographic study on the border between Colombia and Ecuador

“Viver no limite”: meninas e meninos afro-colombianos em tempos de guerra: um estudo etnográfico na fronteira entre Colômbia e Equador

Angela Yesenia Olaya Requene

Afro-Latin American Research Institute

Harvard University

Cambridge, United States

yesenia-olaya@fas.harvard.edu

<https://orcid.org/0000-0003-1048-8436>

Endereço de correspondência do principal autor

Harvard University, Cambridge, United States.

CONTRIBUIÇÃO DE AUTORIA

Concepção e elaboração do manuscrito: A. Requene

Coleta de dados: A. Requene

Análise de dados: A. Requene

Discussão dos resultados: A. Requene

Revisão e aprovação: A. Requene

CONJUNTO DE DADOS DE PESQUISA

O conjunto de dados que dá suporte aos resultados deste estudo não está disponível publicamente.

FINANCIAMENTO

Não se aplica.

CONSENTIMENTO DE USO DE IMAGEM

Foi obtido consentimento escrito dos participantes.

APROVAÇÃO DE COMITÊ DE ÉTICA EM PESQUISA

Não se aplica.

CONFLITO DE INTERESSES

Não se aplica.

LICENÇA DE USO – uso exclusivo da revista

Os autores cedem à **Zero-a-Seis** os direitos exclusivos de primeira publicação, com o trabalho simultaneamente licenciado sob a [Licença Creative Commons Attribution](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/) (CC BY) 4.0 International. Esta licença permite que **terceiros** remixem, adaptem e criem a partir do trabalho publicado, atribuindo o devido crédito de autoria e publicação inicial neste periódico. Os **autores** têm autorização para assumir contratos adicionais separadamente, para distribuição não exclusiva da versão do trabalho publicada neste

periódico (ex.: publicar em repositório institucional, em site pessoal, publicar uma tradução, ou como capítulo de livro), com reconhecimento de autoria e publicação inicial neste periódico.

PUBLISHER – uso exclusivo da revista

Universidade Federal de Santa Catarina. Núcleo de Estudos e Pesquisas da Educação na Pequena Infância - NUPEIN/CED/UFSC. Publicação no [Portal de Periódicos UFSC](#). As ideias expressadas neste artigo são de responsabilidade de seus autores, não representando, necessariamente, a opinião dos editores ou da universidade.

EDITORES – uso exclusivo da revista

Márcia Buss-Simão e Kátia Agostinho.

HISTÓRICO – uso exclusivo da revista

Recebido em: 05-05-2020 – Aprovado em: 22-06-2020